Perfiles Angloamericanos

Archibald MacLeish

CUANDO en junio de 1939 el Presidente Roosevelt nombró a Archibald MacLeish Director de la Biblioteca del Congreso, se desató entre los señores bibliotecarios de carrera una violenta tempestad de crítica y cuando, a pesar de sus protestas, el Senado de los Estados Unidos confirmó el nombramiento, la crítica asumió caracteres de escándalo. Los bibliotecarios no podían convenir en que un hombre que no había pasado por las arduas disciplinas de la catalogación de libros —aunque ese hombre fuese abogado distinguido, ciudadano ilustre y altísimo poeta, y hubiese ocupado muy destacados puestos en universidades y revistas literarias de reputación mundial— desempeñara el ponderoso cargo que, en su sentir, le pertenecía por derecho propio a su gremio. La prensa toda, desde el ecuaníme *New York Times* hasta el ágil y libérrimo *The Nation*, se puso del lado de MacLeish, alegando, entre otras cosas, que los bibliotecarios bien podían hacer una excepción en gracia siquiera a que MacLeish era autor de algunos de los libros que catalogaban ellos, libros que ya habían recorrido triunfalmente los caminos del mundo. Aparte las reconocidas capacidades del nombrado para éste y para cualquier otro de los altos empleos con que un pueblo ilustre —que se precia con razón de justiciero y culto— recompensa a los trabajadores del espíritu, el nombramiento era acertado y oportuno. El Presidente Roosevelt probaba una vez más su fina visión, porque esto sucedía en

el momento en que las relaciones culturales entre la América sajona y la América latina pasaban de los retóricos discursos al camino de la realidad, camino lento pero seguro, si de un lado se olvidan las despiadadas estadísticas y del otro los añejos rencores. En efecto, este nórdico cantor de alma latina que para cantar su canto de gesta sobre el conquistador español del siglo XVI se impregnó de la heroica grandeza de la raza del Cid y la heroica grandeza de las razas indígenas, conoce nuestra lengua, conoce nuestra índole, conoce nuestras cosas, ha amado a México y sincera y cordialmente ha amado a todos nuestros pueblos indohispanos. Y puesto que la Biblioteca del Congreso fundó una Sala Hispánica, en que está depositado el inmenso acervo de la cultura ibérica y el inmenso acervo de las culturas aborígenes de América, y puesto que se trata de acercar por el espíritu a las naciones del Hemisferio Occidental, justo es que el nombramiento recayera en el buen amigo que nos conoce bien y bien nos quiere, y es, además, y sobre todo, humanista de corazón bueno y alma generosa, campeón de causas justas y defensor de atropelladas minorías contra hoscos reaccionarios.

Lírico y épico poeta es Archibald MacLeish. Romántico al principio, porque los años mozos románticos son siempre, realista, desilusionado, escéptico después. La guerra de 1914, en la cual MacLeish fué soldado, le dejó, como a tantos otros de su generación, un sedimento de amargura difícil de curar. Escepticismo y amargura ante el desmoronamiento de todos los valores que hasta entonces habían hecho la vida, si no amable, al menos soportable; ante la sensación de instabilidad que, como la que hoy existe por causas idénticas, crea una atmósfera de agitación febril en que impera el deseo de gozar del momento presente, pues que el mañana es sólo tremendo interrogante. Los abstractos y bellos vocablos no tocaban ya el alma de los hombres que habían visto de cerca la hecatombe que ahogó en sangre las bellas abstracciones y nada, fuera del momento presente, valía la pena de tenerse en cuenta. Las reglas, las normas, las trabas caían al pie de los ídolos rotos, de las tradiciones inútiles, de las religiones impotentes. Los ojos fatigados, excepto en la contemplación de un rascacielo, ya no miraban hacia lo alto. Los cielos es-

taban vacíos y la tierra era un caos repleto de dolor. Obscura fué esa primera década que siguió al Armisticio de 1918, década de confusión, de desasosiego, de desesperanza en un mundo sin objeto. Y el arte, reflejo de ese mundo, era un arte caótico, frustrado, de premuras, de contorsiones, de revuelta contra lo clásico, lo establecido, contra las respetabilidades que le ponían estorbos al vivir desaforado, arte de estridencias de *jazz*, de euforias del *cock-tail*, de predominio y culto de la desilusión.

¿Y estaremos sordos, mudos
hasta que el silencio venga?

exclama MacLeish y le hace eco un largo tropel de poetastros y poetas. MacLeish era sincero. Había probado del fruto acidulce de la melancolía en los rojos caminos de tierras devastadas, había visto la siega de los hombres como en sus praderas del Oeste la siega de los trigos, y había visto el derrumbe de todo lo que es caro a los espíritus románticos. De su obra lírica se hablará en otra ocasión. Por ahora interesa más el cantor épico porque nos toca más de cerca. Pero antes de hablar de su poema heroico que le ha dado merecida nombradía, acerquémonos un momento, de la mano del poeta, hacia su vida.

"Nací el 7 de mayo de 1892 —dice MacLeish en unos láconicos apuntes que escribiera en 1932 para un manual de información sobre autores contemporáneos angloamericanos—, en un castillo de madera que, desde un robledal y un arrecife, se mira en las aguas del Lago de Michigan. Mi padre, escocés de Glasgow, presbiteriano, luego anabaptista, y siempre protestante devoto, uno de los primeros colonos que se establecieron en Chicago. Tenía cincuenta y cuatro años cuando yo nací. Mercader de profesión. Hombre alto, vigoroso, frío y de bella palabra. Mi madre, mujer de Connecticut, hija de un ministro congregacionalista, alumna graduada y maestra después de Vassar College. Su familia, gente impetuosa, gente de mar de las costas de Norwich, en Connecticut. Tercera esposa de mi padre. Inteligente y enérgica, incansable y virtuosa.

"De mis cuatro hermanos, uno, aviador, murió en la guerra volando con los ingleses sobre Flandes. Cuatro años horrendos en una escuela preparatoria. Luego Yale. Vida de estudiante. Iniciación literaria. La Escuela de Derecho de Harvard. Primer alumno de mi clase el último año. Trabajo duro y ardua competencia y poca fe en la Ley. Casamiento, sin haber aún terminado los estudios de Leyes, y nacimiento del primer hijo en 1917. La guerra. Soldado en Francia en un cuerpo de artillería de campaña. Algunas semanas en el frente en julio de 1918. Regreso a los Estados Unidos y ascenso a capitán.

"Instructor en Harvard por un año. Labor literaria, y sin éxito. Primer libro de versos, *Torre de marfil*, 1917, publicado durante mi permanencia en Francia. Tres años en el ejercicio de la Ley con buen resultado pero sin tiempo para escribir. Mi ambición suprema: escribir los poemas que quería escribir y no los que estaba escribiendo. En el otoño de 1923 residencia en París. Verano en Normandía. Travesías frecuentes por el Mediterráneo y cinco meses recorriendo el Golfo Pérsico, desde Bushira hasta Mohamara, desde Shiraz hasta Teherán. Los libros de esa época: *El matrimonio feliz* (1924), *El pote de tierra* (1925), *Novodaddy* (1925), *Calles de luna* (1926). Regresé a los Estados Unidos en 1928 y he publicado desde entonces: *El villorio de A. MacLeish* (1928) y *La tierra recién encontrada* (1930). Viajé extensamente por tierras de México, desde San Juan de Ulúa hasta Tenochtitlán". Y agregaremos a estos apuntes cuasi taquigráficos: de allí nació el poema *Conquistador*, publicado en 1932 y premiado con el premio Pulitzer de poesía.

Sobre la pintoresca y bárbara y grandiosa *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* en que Bernal Díaz del Castillo, en prosa tosca como un lino aldeano, se puso a evocar los hazañosos hechos de su juventud al lado de Cortés, en tierras de México, MacLeish bordó su poema heroico de singular belleza. El burdo mamotreto del compañero del gerifalte hispano, que tentara la pluma del francés José María de Heredia, tentó también, aunque de modo diferente, la pluma de MacLeish. ¿Qué tema, en efecto, más fascinador, más romántico y más trágico a la vez, que el de esta

conquista de la Nueva España en que, a la hazaña clara se unió la cupidez, la lealtad a la traición, la grandeza a la ignominia, a los cobardes hechos los hechos valerosos? Historia que parece retazo de fábula, tal fué de inverosímil en acontecimientos portentosos, tales fueron de cuasi legendarios los personajes que allí actuaron, tal fué su espléndido escenario por donde desfilan, como en un canto homérico, las cruentas teogonías, y, ante la feroz sonrisa de los ídolos, los hombres de hierro y los hombres de bronce se destrozan, no ya por el cuerpo divino de una hija de dioses y de reyes, sino por los áureos monolitos que fulgen entre maizales y magueyes en la más preciada, en la más codiciada, en la más arisca de las tierras que allende el Mar Océano engrosan las arcas de la Corona de Castilla, arcas que luego Flandes se encargará de aligerar. Todo el colorido y la acción ruda y el esplendor de la epopeya que viera MacLeish con ojos de pintor y sintiera con alma de poeta. ¿Qué importa que la pluma elegante y engañosa del fraile humanista López de Gómara se haya puesto a hilvanar en cláusulas perfectas y desde un yermo rincón de su Península la *Crónica de la Nueva España*, si el fraile humanista ni hallóse en las refriegas, ni visitó las tierras que describe, ni supo, sino de oídas y no siempre verazmente, las cosas que relata? Su *Crónica*, comparada con el desaliñado documento del cronista-soldado en que se basa el poema del poeta americano, será la bien cuidada invención del literato, mas no el verídico recuento del historiador. A los ochenta años este Bernal Díaz del Castillo, Regidor de Guatemala, ha cogido la pluma con la mano que medio siglo antes cogiera la espada, y aunque de letras poco sabe, es fuerza que diga la verdad, si bien su verdad no tiene ni el terso encanto del estilo ni la ancha erudición que tienen las ficciones del clérigo letrado. Pero como Bernal Díaz del Castillo combatió en ciento diecinueve combates, asistió al sitio y la toma de Tenochtitlán, se halló en el desastre de la "Noche triste", presencié el tormento de Guatimozín, y en la más atroz de las jornadas de toda esa odisea, se abrió paso por entre la manigua para castigar con Cortés la defección de Cristóbal de Olid en Honduras, bien puede ponerse a escribir, que si le falta estilo le sobra autoridad. Muertos están

los compañeros de la lid, Cortés muerto hace veintiún años en Castilleja de la Cuesta, y enterrado por ahora en el monasterio de San Francisco de Texcoco; por ahora, porque sus despojos mortales habrán de ir de ciudad en ciudad y de iglesia en iglesia, cual si aún estuviesen animados por el desasosegado espíritu que los habitó. Son los muertos —las almas de los muertos— quienes dan vida a la historia del tosco historiador, que luego desfila entre un estruendo de bárbaras trompetas por el verso de MacLeish.

Sobre esta historia heroica MacLeish compuso su poema heroico en una adaptación de *terza rima* y en verso blanco. Tal vez no tenga este poema —ni creemos fué la intención del autor que lo tuviese— ni la coherencia de estructura, ni la destacada perspectiva histórica, ni la majestad de la expresión, ni el movimiento que el canto épico requiere, siendo más bien una serie de cuadros deliberadamente desarticulados, discontinuo desfile de episodios, antes que la narración sostenida en vuelo uniforme hasta el final. Pero cuán rico es este desfile de episodios en bella poesía, en exactas y audaces metáforas, en ritmos variados y exquisitos, en vigorosas pinceladas, en sorprendentes efectos musicales. Su estructura, que no había de tener la solidez de la columna que pide un templo griego, corresponde al momento afanoso que vivimos. El atisbo, la sugerencia, el rápido brochazo que aprisiona la expresión fugitiva, hacen por la lengua labor pacienzuda que a fuerza de angustia y a fuerza de desvelos penetra hasta el alma de las cosas. No pidamos al artista que, apremiado por la trepidante ansiedad que lo circunda, burile con su escoplo los mármoles eternos, ni lo culpemos si, hallando estrecho el ámbito del vuelo en el tiempo presente, se fugue hacia el pasado. Limitémonos pues, como en el caso de MacLeish, a admirar al artífice que aprisionó la intacta belleza del momento en logrados atisbos, y cantó como nadie ha cantado en lo que va corrido de este siglo, la gesta magnífica de los héroes hispanos y los héroes indígenas.

Desde la costa ardiente hasta el Valle de México siguió el poeta a lomo de mula la ruta de los conquistadores; se impregnó del ambiente en que vivieron y guerrearon; conoció palmo a palmo la tierra generosa y antigua donde tuvieron

lugar aquellos hechos y, libre de prejuicios a fuer de artista verdadero, forjó el canto vibrante de guerreros metales, de espléndidos y bárbaros colores, de temblor y terror y belleza, que constituye un triunfo en el arte difícil de la poesía heroica. Habla Bernal Díaz del Castillo por boca de MacLeish:

Yo: pobre: y en el sol ya ciego: con mis ojos
yo vi esas batallas: yo vi a Montezuma:
yo vi los ejércitos de México en marcha: el viento

Hendía los ropajes: los rostros pintados: las plumas
flotando en el aire ligero: yo vi la ciudad:
mis pasos hirieron sus losas: en los cuartos en sombra

Escuché resonar mis tacones, revolver los murciélagos:
Yo: pobre: y en aquellas comarcas fui mozo...

El poeta, que al mismo tiempo fuera maravilloso artista del pincel, va pintando con vívidos colores las gloriosas y trágicas jornadas que comienzan esa buena mañana del 10 de febrero del 1519. La expedición al mando de Cortés, compuesta de ciento diecinueve marinos, quinientos cincuenta y tres soldados, doscientos indios y dieciséis caballos, en once navíos entre carabelas y entre bergantines, se hace a la vela para Cozumel. Con este puñado de locos excelsos Cortés se apresata a conquistar el más poderoso y el más aguerrido de los imperios aborígenes. No sabe aún el capitán Cortés del horror y la angustia y las penalidades que esperan a esos hombres antes de que logren consumir su conquista. Pero, a lo lejos, en las distancias imposibles que la vista no alcanza a vislumbrar ni el pensamiento a imaginar, hay áureas comarcas, y después de las áureas comarcas, el bien ganado reposo en un pardo rincón de Castilla, abrumados de gloria y abrumados de oro. El capitán Cortés es elocuente, es licenciado, un don Juan que maneja la espada y la lisonja, y ha escalado ventanas a la luz de la luna y va a escalar baluartes también a la luz de la luna y entre mares de sangre y los gritos de angustia de la raza vencida: Cholula. Y además, el capitán Cortés en las tierras sojuzgadas plantará entre calaveras una cruz, que ni consuela ni redime en este caso, ¡oh buen padre

Las Casas! Sobre el ritmo del verso de MacLeish va el ritmo de las carabelas de Cortés, hendiendo el oleaje bravío:

Y las manchas de espuma a lo largo de los flancos hinchados:
la señal en la noche con vaivén de linternas:
las cadenas hediondas a pringones de sosa.

Y las proas por el viento abatidas: desinfladas,
topeteando, las lonas: el surco del mar
por debajo siguiendo la quilla...

Cozumel. Tierra pobre porque la codicia de Pedro de Alvarado se adelantó a la codicia de Cortés, y arcabuz en mano, ha saqueado los templos y las pobres indiadas aterradas ante la monstruosa aparición de caballo y caballero —*equites unum integrum Centaurum*— que diría el panegirista, han huído hacia el fondo de la isla. Y las carabelas enfilan sus proas hacia Yucatán haciendo en Tabasco un alto sangriento. En la desolación inmensa de la noche se alarga

la sombra de los techos en un langor de luna,
mientras la cantinela del mar por único sonido pone en el alma del guerrero un tedio trenzado de arcanos terrores.

El silencio delante y el océano detrás,
los hombres de hierro van abriéndose camino por entre las selvas seculares hacia las tierras milagrosas, dejando de paso conspiraciones trucas, nombres de poblados, de islas y de ríos, nombres sonoros como para marco de romance de un nuevo Romancero, y dejando de paso, en épico gesto sin igual en la historia, el humo de las naves quemadas por Cortés. Tenochtitlán. El puñado de locos ha visto allí tesoros que sobrepasan a todas las fábulas de Oriente, ha visto príncipes de pompas orientales y palacios vastos como ciudades de Castilla, y vestido de oro y vestido de plumas y vestido de gemas, ha visto a Montezuma emperador de los aztecas. Y el puñado de locos, ante las atónitas miradas de un millón de súbditos, cargará de hierros al monarca. Pecadora y horrenda y magnífica desfila la ciudad imperial, la ciudad que memora, temblándole en la mano la pluma, Bernal Díaz del Castillo, y es aquí donde el arte del poeta alcanza toda su bella plenitud.

En el rítmico fluir de las estrofas de vocablos sonoros y opulentos pasa la vida cotidiana de la metrópoli soberbia en los últimos días del imperio, porque ya está cerca la insurrección tremenda, Cortés y Narváez se aprestan a la lucha y el monarca, herido de muerte por los suyos, agoniza, como un sol que se pone, rodeado de esplendor. En las pausas de los hechos de armas los días se suceden en eglógica calma que acentúa la fruición del peligro:

En el calor cantan los gallos y se fríen las tortas:
de los péndulos cántaros cae el agua potable:
somnialetas las moscas voltejean en las vigas:

Y al mediodía:

A través los postigos de la pieza en penumbra
blanquea el sol y en las calles es más firme la sombra...

Y en los largos caminos y en los quedos paisajes, cuando en las rodela teñidas de sangre se quiebra un lacustre reflejo,

Se acerca la noche trayendo en el aire palomas:
envueltas las alas en noche.

Luego es la densa procesión, el colorido desfile del mercado que pasa por entre las mágicas cadencias del poema en todo su pagano sensualismo, y evoca otros desfiles en bíblicas ciudades donde aún truena la voz de los profetas:

Vendedores de frutas: de piedras cerúleas:
de bronce: de núbiles siervas:

Mercaderes de nueces y fibras y miel
y anilinas: vendedores de sueños:
de arcilla azul para plasmar los dioses:

Y en el viento las mozas garridas:
debajo sus muslos las rutas del sol:
las rutas del viento por sus cabelleras:

Sacudiendo el olor de la tarde en su enagua...

Y los cuerpos pesados de amor se tendían
debajo los párpados lo mismo que debajo un ropaje:
y en la gloria floral se entregaban...

Conquistador es el triunfo más noble y más sonoro de MacLeish. Allí puso el poeta lo mejor de su arte nacido con él, purificado en el crisol del libro y ensanchado en los caminos del mundo y de la vida. La tierra generosa de México que ha dado a la América de lengua castellana la más propia y viril literatura de que pueda ufanarse un continente, dió también a este nórdico cantor de alma latina la fuerza, el ritmo y la belleza que vibran en su canto. Agradecemosle a México y agradecemosle a MacLeish el mutuo y bello don.

Edna St. Vincent Millay

Con un nombre cuya sonora propiedad no habría cuadrado bien sino al poeta que lo lleva, Edna St. Vincent Millay va por esos mundos de prosa y algazara ofreciendo a los hambrientos de belleza su lírica merced. ¡Ah, y cuánto el mundo aplebeyado y destrozado por la bestia que engendraron los credos feroces necesita esa voz que, como la flauta de los encantadores de serpientes, aduerma en su dulzura, siquiera un momento, el primordial instinto!... Voz de poeta y voz de profeta — trueno y treno en Ezequiel y en Isaías, trompa en Homero, en Verlaine zampoña, y astral música en Poe. Voz que allá en los arcanos del tiempo futuro batiendo está los épicos metales con que ha de forjarse la *Ilíada* de un siglo...

Nació Edna St. Vincent Millay en Rockland, Estado de Maine, el año de 1892. Ancha como la de los otros cinco Estados de Nueva Inglaterra es en conjunto la tierra de Maine. Tierra de suaves planicies y recias montañas, de innúmeros lagos y ríos salpicados de islas, de bahías escondidas en que otoños y estíos se reflejan vestidos de sangre y vestidos de grama, y de una costa sonora e incomparable, donde canta el océano quejumbrosos cantares y hay una blanca fuga de veleros sobre el azul alborotado de las aguas. Trasunto es allí el mar de todos los caprichos y las pasiones todas de los hombres. Soñador, melancólico, apacible en estivales días, cuando el sol lo adormece y lo acaricia la desnudez de sus bañistas; violento, mugidor y acongojado en horas invernizas, al des-

trozar su furia milenaria contra el acantilado de granito. ¡Granito de Maine con que se edifican sepulcros y también rascacielos! Y cerca la costa, las montañas, y al pie de las montañas ciudades pequeñas, aldeas numerosas puntuadas de pinos, y en las aldeas los roqueños casones de los lobos de mar retirados, y más allá de los casones los aserraderos y las esclusas que dormitan entre el blanco reír de los manzanos. Tierra donde canta la vida como una romanza y se queja la vida como una elegía.

Desde sus soleados días estudiantiles supo Edna Millay de los triunfos pequeños que dan alas para los grandes vuelos. Wood Anderson, Eugene O' Neill, Henry L. Mencken y otros, en Greenwich Village —beca entonces de *dilettantes* y de artistas de éste y del otro lado del océano— vivió la ingrata y descolorida bohemia neoyorquina, la vida del rebelde contra el clima cultural de su suelo y la moral calvinista que lo hacía inhabitable. Eran aquellos los fecundos días de la post-guerra. Edgar Lee Masters, Sinclair Lewis, Theodore Dreisser, Sherwood Anderson, Eugene O'Neil, Henry L. Mencken y otros, en el verso, en la novela, en el cuento, en el teatro, en el ensayo, le inyectaban calor de humanidad a las pusilánimes letras de su generación, y sobre los cimientos de una literatura santurrona y parroquial levantaban el vasto edificio de las letras nuevas, que podía enfrentarse —y a veces con ventaja— con aquellos de más sezonadas y viejas culturas. Audaces cosas y tremendas verdades nacieron de allí. La literatura de los Estados Unidos de América dejaba de ser una rama de la literatura inglesa para incorporarse a la literatura universal con calor y sabor propios. Por aquellos tiempos Edna Millay era actriz de teatro y escribía libretos, dramas y comedias, una de las cuales se tradujo al francés y se puso en los escenarios de París. Viajó más tarde por las tierras del arte inmortal, y aunque en Roma helara sus huesos el polvo de los Emperadores, en el jardín romano cortó rosas de Horacio y escuchó sin sonrojarse secretos escabrosos y dulces que Catulo dijérale al oído. Allí, por lo demás, estaba el paganismo, el divino y humano paganismo tan caro a su armonioso corazón. En los Montes de Bershire cultiva hoy Edna Millay las flores de su

granja y las flores de su lírico jardín. Y pues que, entre el litoral y el altiplano discurrieron sus años mejores, su canto quejumbres de mar tiene y anhelos de montaña.

Su copiosa obra poética comprende hasta hoy los libros siguientes: *Renacimiento* (1917); *Higos entre cardos* (1920); *Dos de abril* (1921); *El tañedor de harpa* (1923); *El gamo en la nieve* (1928); *Poemas escogidos* (1929); *Entrevista fatal* (1931); *Vino de aquellas uvas* (1934); *Las flores del mal* — traducción de Baudelaire, en colaboración (1936); *Conversaciones de medianoche* (1937); *Cazador, qué pieza?* (1939). Pero el maduro temblor de su otoño habrá de ofrecernos la mies más dorada.

En *Renacimiento* se advierten ya las características todas del arte milainiano: forma un poco arcaica con resonancias de verso elisabético, claridad, gracia rítmica, asordinada melodía que canta el amor a la vida y el amor a la muerte; paganismo un poco triste, que no encuentra su olimpo y vacila y oscila entre Cristo y Apolo, y la inevitable nota frívola, que casi uno lamenta, si no fuese porque también sabe que en la lira septicorde de la poetisa caben todos los sonidos y la expresión de todos los sentires. Los caminos del arte son largos, y a medida que se avanza por ellos, la vida que un día deleitárase en la fútil y bella profusión del rosal, se clava, angustiada, en el árbol desnudo y erecto, a la vez signo y símbolo. Y así la frágil balada va tornándose al andar del camino en *Requiem* majestuoso, y la voz que a los veinte años exclamara en un delicioso momento de feminidad al imaginar la muerte del amante mientras el vecino desdobra las páginas del diario en el tren subterráneo,

No allí el llorar copioso ni allí el disorde acento
de manos retorcidas en trágico lamento.

Más bien, compuesta y grave — acaso me pondría
a ver pasar las luces rojizas por la vía,
o a buscar en el diario que desdobra el vecino,
del salón de belleza y el modisto, el camino,

a los cuarenta, cuando el tiempo la aprieta con anillos de hierro, clamará desolada:

Oh, si pudiera,
como en mi mocedad,
templar mi sed y nutrir mi hambre
en el filtro del canto y con pan de belleza,
que siempre es la belleza

Es éste un hondo libro musical, de extrañas sugerencias, de panteísticos anhelos, de inquietud que se pregunta el Cómo y el Por qué de muchas cosas de hoy, de ayer, de mañana y de todos los tiempos por venir:

Al fin hallé el enorme secreto sepultado
de todo lo presente y todo lo pasado
y todo lo que viene, y el Cómo y el Porqué...

El Cómo y el Porqué, que a Hamlet torturara, pues que Hamlet llevaba en su cerebro todo el peso del mundo. Era él mismo la tortura metafísica encarnada, la duda intelectual y el intelectual desasosiego en forma de hombre. El Príncipe de Dinamarca sabía con el Ecclesiastés, que conocimiento se paga con vida, y Edna Millay, con ellos, sintió más que supo en su alma niña de diecinueve años, del duro tributo:

Con cruel remordimiento
mi omnisciencia humana pagó su atrevimiento.

Quedó sobre la mesa un libro abierto. Quedó allí porque la Muerte pasó una mañana llevándose al amante y dejándole el libro que leía. La muerte, desde entonces, obsesiona a Edna Millay, como en caso análogo y en otras latitudes, obsesionó el corazón grande de Gabriela Mistral. Elegía sin sollozos, elegía del recuerdo, que en ocho palabras condensa una angustia:

Te tuve y hoy ya no te tengo.

Pero aún es la primavera. En el alma y en la tierra florecen los caminos, y hay música, hay amor, aunque el amor se mueran. Hay un divino y carnal paganismo que clama en un ancho grito de alborozo:

¿Para qué el cielo
si es tan dulce la tierra?

y que abraza, en un fervido y universal abrazo, las brisas
mañaneras, las nieblas "que suben y que bajan", el firma-
mento gris, los bosques otoñales, los otoñales días en que grita
y palpita el color:

¡Oh mundo, si pudiera ceñirte con mis brazos!

Y exquisito, como una canción verlainiana en su lastimera
melodía,

Cual lluvia incesante golpea la tristeza
en mi corazón,

que nos trae el dulzor de

Il pleure dans mon coeur
comme il pleut sur la ville.

La monotonía del vivir cotidiano canta su uniforme es-
tribillo. Monotonía de largos días iguales y noches más largas
aún, en que, haciéndole eco al propio corazón, late el corazón
del péndulo. Monotonía de los mismos quehaceres y los mis-
mos vecinos. Monotonía de la casa pequeña en la calle peque-
ña, y las gentes sensatas y chiquitas con su moral casera y
sus caseros apetitos, imponiendo su criterio de rebaño y, alma
dentro, el tedio que muerde:

Y así la vida pasa como un roedor royendo,
y mañana y mañana y mañana y mañana...

Siglos antes, el Trágico poeta, que también había sentido
el horror a las rutinas y el horror a las gentes sensatas y
chiquitas, puso en boca de Macbeth palabras similares:

Mañana y mañana y mañana,
con su mezquino paso se arrastra día por día.

Y luego, las blancas elegías en memoria de las frágiles cosas
que al fugarse dispersó la primavera. Sentada junto al fuego,

mientras el agua canta hirviendo en la marmita, esperando sin saber lo que espera, evoca la amante el transitorio encanto de los noviembreros muertos:

Oh, el dulzor en la noche
de la nieve al caer,
y el cimbrar de las ramas
en perpetuo vaivén.

La marmita que hierve
y el leñón roncador
le hacen dulce la espera
con su vieja canción.

Y cierra su primer volumen un soneto de arcano simbolismo y corte shakesperiano, que anuncia ya famosos sonetos que darán a Edna Millay el puesto más alto entre los poetas anglo-americanos de su tiempo.

Higos entre cardos, tenue es en forma y en substancia. Lo compone una treintena de poemas diminutos, de intención pecadora, con que la poetisa se propuso, sin duda, conturbar el alma puritana de los descendientes de los Padres Peregrinos, que una buena mañana de 1620, desembarcaron en Plymouth, acorazados de Biblia y de moral. Porque aún viven los Padres Peregrinos. Aún, el fánatismo histérico de los días coloniales, que perforaba con hierros candentes la lengua del blasfemo en las teocráticas aldeas de Massachusetts, vive en los nuevos cruzados que, Biblia en mano también, arremeten periódicamente contra el placer, contra la ciencia, contra el arte, y en sus casas estrechas y lúgubres monopolizan el reino de Dios, desterrando a Dios de todo lo que es dulce y amable en el mundo que El creó. Airados levitas sin sabios mensajes cuya feroz intransigencia ha hecho el pecado, más que nunca, atractivo. Visto a la luz de estos osados mediodías y fuera de las salas rectorales, el tenue volumen nos resulta florilegio inocente, sin mayor mérito artístico, como inocentes nos resultan *Las flores del mal* y los *Poemas y baladas* de Swinburne, que tanto escándalo causaron en su tiempo, y en ciudades que no eran propiamente baluartes de virtud. Pasaron ya los días del *épater le bourgeois*, en literatura. La mo-

ral del burgués es bien elástica, y acaso suceda que sea hoy el burgués quien choque a la conciencia alarmada del intelectual.

En *Dos de abril* hay remozamiento y ascensión. Edna Millay, parodiando al maestro Santayana, tuvo una cita con abril, y aunque abril vino *sin propósito alguno* y aunque es aparente que la Muerte no existe, la Muerte allí medita, la mano en la mejilla. La mística selva de *Renacimiento*, más densa, más solemne, va poblándose con las voces innúmeras y la única voz de la madre Natura, que susurra en el viento, en las ramas del pino y en las costas de Maine. Un tren pasa trenzando en el aire caireles de humo, y ese tren que pasa y que va a alguna parte, a cualquier parte, pone en el alma anhelos de fuga sin regreso:

No hay tren que no tomara
para irme a cualquier parte.

Debajo los crepusculares riachuelos guturales murmuran vagas cosas que vierte en lengua de oro la lengua del cantor. Detrás de los cerros grisosos y el lago de plata, hay un viejo jardín sin portada, por donde, de noche, el poeta discurre con su corazón:

Campo anchuroso, flor encarnada, luengo camino,
jardín sin puertas y abierto el paso:
¡detén el vuelo mi corazón!

Y, tierra adentro, donde los hombres edifican sus espesas casonas, el recuerdo del sabor y el olor y el temblor de la mar, rompiéndose de angustia contra los arrecifes o cantando su cántiga idéntica contra los lomos del faluco, pone un largo suspiro en las cuerdas de su harpa:

El agua lamiendo los cóncavos bordes
prolonga su largo desvelo...
Olores salinos, incógnitas ansias,
su anhelo es igual a mi anhelo.

El espíritu está triste. Los olimpos lejanos o perdidos. Los dioses ya nada aseguran y en los cielos cristianos una estrella se muere. El grito se hace ronco, desesperado el grito, ante

el horror de que, de toda esa fiebre, de toda esa angustia, de todo ese brutal desasosiego por crear, por cimentar, por prolongar, que se llama la vida, nada quede después de la vida. ¿Nada? Ah, sí, el libro pequeñito en que se puso a latir un corazón. El pequeño volumen de secreta virtud, que nació en una noche sin luna mientras el Oráculo y Cristo callaban, o que nació en una noche de luna mientras la reina Titania y el rey Oberón vestían toda la tierra de azul. Libro hecho de dolor y de gozo, libro en cuyas páginas hay temblores de carne, firmezas de mármol, anhelos de infinito, desasosiegos de vela contra el viento. Mientras corra ese libro por el mundo y en las bocas de mozos y mozas se mezclen sus sílabas dulces a las dulces palabras de amor, no habrá muerto el poeta:

Jóvenes amantes
que allá entre los setos
llenáis los instantes
de dulces secretos,
no dejéis que muera
y a vuestras promesas
en la primavera
juntad mis promesas,
no dejéis que muera.

Y entramos ahora en *Entrevista fatal*, en cuyo ancho pórtico pudiera grabarse la sentencia de rancio sabor: *Timor mortis conturbat me*. Son éstos, cincuenta y dos sonetos que no hubiéranse escrito sin Shakespeare y tampoco se hubieran escrito sin Edna St. Vincent Millay. Libro mayor que dió a su autora el puesto que hoy ocupa entre los grandes poetas líricos de lengua inglesa.

La Noche y la Muerte obsesionan ahora a la pagana sacerdotisa de corazón enfermo. Distantes están ya, en el arte y en la vida, los días primaverales. La melancolía solemne del otoño envuelve los caminos, y a lo lejos, en lenguas de cobre, se anuncia un funeral. Y, ¿por qué esa obscura tristeza si el mundo pagano está lleno de luz? ¿Por qué esa sombra que se alarga entre los mirtos opaca el epitafio que canta con límpida belleza sobre las losas sepulcrales? ¿Será, acaso, que cuando principian a crecer los asfodelos se retiran los dioses y el alma se encuentra perdida y sin rumbo, y en medio de la

noche el temor de la muerte la conturba? Y, puesto que, doctrinas más sabias, si tal vez menos bellas, ofrecen ultratelúricos consuelos y afirman que el alma sobrevive a la disolución de la materia, acaso sea mejor refugiarnos en la fe. El que muere creyendo no tendrá decepción. La muerte es la trágica substancia de Edna Millay en el maduro otoño de su vida, y a la muerte le debe sus más nobles y puros y líricos acentos:

Si hoy no, más tarde entonces, sobre el verdor del prado.
Después, bajo la tierra será nuestra ufanía
en el abrazo inmenso que aquí nos fué negado.
Si hoy no, más tarde entonces, pero vendrá ese día.

Más que el deseo impetuoso, más qu'el afán seguro
del cuerpo, por sus propios incendios devorado,
será, mi esquivo amante, el largo beso impuro
de nuestras bocas ávidas, bajo el verdor del prado.

También, un día lejano, otra mujer triste, escapada del Libro de Job, clamaba desesperadamente desde su austral desolación chilena:

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar bajo la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada, con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

En Edna Millay como en Gabriela Mistral, la muerte es la tónica nota que, paradójicamente, da vida a su canto. Anacrónica como la Catedral de San Patricio entre los ultramodernos rascacielos, se nos antoja esa figura de Gabriela, paseando, como un día la vimos, su calma desolada por las estridentes calles neoyorquinas. Catedral y anacronismo el verso suyo entre las desairadas estructuras de la poesía de estos instantes en nuestra América española.

Cazador, qué pieza?, significativo en su título por haberse publicado en 1939, es el último libro de versos de Edna St.

Vincent Millay. Libro desigual, de grandes negligencias y grandes aciertos, en parte frívolo y en parte profundo, arcaico y muy moderno, romántico y realista. Los tremendos acontecimientos del instante que vivimos—instante en que cabe todo un siglo de historia—, obligaron a la poetisa a salir de su templo pagano para tomar parte en la agitada discusión del ágora. Y era natural. ¿Quién, artista o mercader, puede permanecer hoy ajeno a las grandes cosas que afectan a los hombres en un mundo reducido en sus distancias físicas por hallazgos estupendos y degradado por feroces doctrinas, o puede quedarse indiferente ante el horror del atropello que aniquila naciones y razas y fe, y convierte los pueblos en rebaños, y aplasta el espíritu con su bota ferrada? Finlandia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Bélgica, Holanda, Francia, están ahí, cantando en sus sílabas sonoras las roncadas elegías, y esperando el retorno de las altas justicias, porque Némesis vela. En su elegía de España, Edna Millay hace uso de un símil a la vez brillante y efectivo, cuando compara la tierra del Cid al espléndido toro, condenado a muerte de antemano por la furia de hierro de un tropel de toreros, que perece luchando. Los toreros, sin embargo, fueron importados, que al haber sido toreros de España, habrían lidiado noblemente con la espada, y no con esos villanos armatostes en que el gesto heroico no tiene cabida.

También, en las últimas páginas de este último libro, resuena la erótica nota, tan cara a Edna Millay. Y escuchándola, volvemos la vista, melancólicamente, hacia el templo del Amor en Corinto, donde arde una llama ante la imagen de Nuestra Señora de los Siete Deseos.

A. ORTIZ-VARGAS,
Newburyport.